

EL ADMIRADOR

Mientras cantaba, mantenía la mirada en la mesa del rincón, cerca de los baños, que permanecía con la silla vacía. Tenía que esforzarse para que su voz no se tiñera por la desilusión. Durante cuarenta y nueve noches, las tenía contadas con total precisión, él la había acompañado, con su presencia, desde ese rincón oscuro, a lo largo de todo su espectáculo. Como en un ritual, al llegar al final de la última nota él se levantaba, inclinaba la cabeza hacia ella en un silencioso saludo, y tras pagar la cuenta se iba. Medio año de fidelidad absoluta, con lluvia, granizo, él no falló nunca. Hasta esta noche.

Sus colegas, con algo de envidia, le habían comentado que él no iba ningún otra noche. No imaginaba qué podía llevarlo a esa constancia. Hacía tiempo que había dejado de soñar en ser descubierta por un cazador de talentos que la catapultara a la fama. Además, él no tenía edad para ser un representante artístico, menos aún famoso o reconocido. No podía deberse a su belleza.

Cuando llegó a Montevideo, sí podía despertar grandes pasiones. Y lo había hecho. Dotada de una figura escultural, el pelo negro azabache, y los ojos oscuros como la noche, tenía un aire gitano que enloquecía a los hombres. Los cogotudos que frecuentaban los teatros y *café concerts*, la llenaban de regalos y lisonjas. Pero los años, la noche, y la farándula le

Léonie Garicoits

habían robado su esplendor, estaba vieja y estragada. Si bien algún veterano podía quedar subyugado por el encanto que mantenía, él solamente debía ver a una vieja cantante de varietés.

Quizás, por eso la ausencia le dolía tanto. Ese seguimiento únicamente podía ser producto de un real interés en su persona. Que un joven sintiera ese tipo de interés revelaba las fibras más íntimas de su espíritu y la llenaba de ternura. Además, algo en su postura le recordaba a su primer amor de ciudad. Aquel joven estudiante de derecho que le había robado el corazón. Con quién vivió los meses más felices de su vida, compartiendo un mísero cuarto de pensión, soñando con triunfar, y viajar a Buenos Aires o a la más lejana París. Una vida de bohemia y felicidad se extendía bajo sus pies. Pero todo terminó abruptamente cuando lo vio desaparecer, en la oscuridad de la noche, al enterarse que iban a ser padres.

Muchos recuerdos venían a su mente con la presencia del muchacho. También por eso le dolía la silla vacía. Cantaba una canción tras otra. Su repertorio era casi idéntico todas las noches, variaba alguna que otra canción guiada por su estado de ánimo. Esa noche su romancero se tiñó de negro. Los espectadores se vieron regalados por la máxima expresión, que podía obtener su voz en ternura y armonía a medida que los recuerdos atenazaban su alma.

Tras la huida de su joven amor vinieron meses de angustia y zozobra.

Al nacer su hijo no quiso verlo, se despidió de él desde la ventana de su habitación, cuando se permitió observar de lejos la pareja que lo llevaba en brazos. Nunca más permitió que alguien entrara, como el joven estudiante, a su vida adueñándose de su espíritu. Junto con él se fueron su pasión, la rebeldía, las fuerzas y se fue convirtiendo en ésta triste artista de vodevil, llamada para llenar espacios durante la actuación de los grandes.

Cuando terminó su repertorio, los aplausos arreciaron como nunca.

Escuchó *bravos* como los que estaban perdidos en su memoria. En el camerino sus colegas la felicitaban. "Fue tu noche". "Genial". "Nunca te había escuchado cantar tan bien". Mientras se quitaba el disfraz y descubría su cara debajo del maquillaje supo que había sido su despedida.

Él esperaba en la vereda inquieto la salida de los cantantes. La lluvia aumentaba pero se había plantado allí y no se iría. Caminaba para arriba y para abajo, dejando surcos en la acera, su ansiedad y el miedo lo llevaban a fumar un cigarrillo tras otro. Llevaba un ramo de flores en la mano; eran la excusa para acercarse a ella. No sabía qué decirle, cómo llamarla, ¿cuál sería su reacción cuando le dijera quién era?

Comenzaron a salir los artistas. Él se preparó, se arregló la ropa y esperó, con el ramo de flores apretado entre sus manos. Fueron pasando a su lado, corrían para evitar la lluvia; iban en grupos de dos o tres, despidiéndose en voz alta. La puerta nuevamente se cerró y ella no había salido. Su ausencia

Léonie Garicoits

cayó sobre él llevándose la decisión y la certeza que lo habían acompañado.

Se demoró despidiéndose de su camerino, su vestuario, todo lo que la había rodeado durante tantos años, su cotidianidad. Alargó todo lo que pudo ese momento, su mano se detenía en los objetos y su mirada acariciaba los recuerdos, al fin levantando la cabeza salió a la calle, tenía que seguir su camino.

En la acera vacía descubrió un ramo de flores. Inmediatamente supo que era él, supo que su presentimiento era cierto, y el dolor golpeó su pecho mientras recogía el ramo de flores que él abandonó desilusionado.

Una vez más lo había perdido.

MONTEVIDEO, 2003

LÉONIE GARICOÏTS

Léonie Garicoits